

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE DÉCIMOCUARTO TOMO.

REVISTA DE MADRID.

- Por D.^a Aurora Perez Miron.—Pág. 25.
 Por D. Antonio F. Grilo.—81, 129, 257, 273, 305, 369.
 Por D.^a Carolina Sorel.—113, 177, 209, 289.
 Por D. Diego de Rivera.—225.
 Por Fabricio.—321.
 Por D. A. P. Rioja.—353, 369.

REVISTA SEMANAL.

- Por Olimpia.—Págs. 49, 65.
 Por D.^a Angela Grassi.—145.
 Por D.^a Carolina Soler.—241, 337.

REVISTA DE MODAS.

- Por D.^a Aurora Perez Miron.—Págs. 1, 9, 17, 41, 57, 73,
 89, 107, 121, 137, 161, 169, 185, 201, 217, 233, 249,
 265, 281, 297, 313, 329, 345, 361, 377.

REVISTA LITERARIA.

- Por D. Antonio F. Grilo.—153.

CORREO DE PARIS.

- Por la Condesa de Almaviva.—Págs. 33, 96, 193.

INSTRUCCION.

- La mujer prudente, por D.^a Angela Grassi.—Pág. 2.
 Lo que nos dicen las ruinas, por idem.—11.
 Un sueño, por idem, id.—18.
 El cisne, por id. id.—26.
 La escritura, por id. id.—34.
 La verdadera grandeza, por id. id.—42.
 D.^a Sancha de Navarra, por id. id.—50.
 La Moda, por id. id.—66.
 D.^a Mayor de Fonseca, por id. id.—74.
 El ave amiga del hombre, por id. id.—90.
 El grano de jenabe, por id. id.—98.
 Cristina de Suecia, por id. id.—107.
 Las perlas de Venecia, por id. id.—122.
 Lauros y rosas, por id. id.—130.
 La torre de porcelana, por id. id.—138.
 Recuerdos de Toledo, por id. id.—162.
 La fiesta del Corpus en Toledo, por id. id.—170.
 D.^a Juana la Loca, por id. id.—178.
 La Virgen de la Esperanza, por id. id.—186.
 Tiempos antiguos y modernos, por id. id.—194.
 La mujer en la edad media, por id. id.—202.
 Los haces de trigo, por id. id.—210.
 La Providencia, por id. id.—218.
 Las bibliotecas, por id. id.—226.
 Blanca de Castilla, por id. id.—234.

- El amor fraternal, por id. id.—242.
 Dos en uno, por id. id.—250.
 La urna de oro, por id. id.—258.
 La chimenea, por id. id.—378.
 Cartas sobre la educacion, por id. id.—266, 274, 282,
 290, 298, 306, 314, 322, 330, 338, 346, 355, 362, 370.

POESIAS.

- Moisés, por D. Rafael Serrano Alcazar.—Pág. 2.
 A Paulina, por D. F. P. Madrazo.—13.
 En un album, por D. Antonio F. Grilo.—20.
 En el album de una niña, por D. Timoteo G. del Real.—28.
 A unas flores, por D. Antonio Corzo y Barrera.—35.
 A Carolina Civili, por D. Antonio F. Grilo.—38.
 Villanía, por D. Juan A. Viedma.—44.
 A S. M. la Reina, por el Marqués de Liédena.—52.
 La hipocresía, por D. Melchor de Palau.—58.
 Meditacion poética, por X.—68.
 En un Album, por D. Enrique Principe.—70.
 Las estaciones, por D.^a Carmen Espejo.—77.
 María al pie de la Cruz, por D. Rafael Serrano Alcázar.—
 83.
 Las aves del Gólgota, por D. Antonio F. Grilo.—94.
 En el Buen Retiro, por D. A. P. Rioja.—100.
 La adulacion, por D. Eusebio Martinez de Velasco.—108.
 El pudor, por D.^a Antonia Diaz de Lamarque.—117.
 Balada, por D. Angel Mondejar.—124.
 La primavera, por D. Rafael Serrano Alcázar.—132.
 Su espejo, por D. Antonio Corzo y Barrera.—140.
 El Rubor, por D. Antonio F. Grilo.—149.
 En las márgenes del Guadalquivir, por D. Fernando de Ga-
 briel, Ruiz de Apodaca.—156.
 Aves y horas, por D.^a Blanca de Gassó y Ortiz.—164.
 Pensamientos, por D. José Fernandez Bremon.—167.
 El hombre y la flor, por D. M. Capdepon.—172.
 La flor, la aurora y la fuente, por D. A. F. Grilo.—180.
 Cantares, por D. Pedro María Barrera.—188.
 Al caer de la tarde, por D. Antonio F. Grilo.—196.
 A la luna, por el Marqués de Liédena.—198.
 La muerte del Justo, por D. Antonio Arnao.—204.
 El sueño de un ángel, por D. Luciano G. del Real.—207.
 Al pastor, por D. Eusebio Blasco.—213.
 Fé, Esperanza y Caridad, por D.^a Antonia Diaz de Lamar-
 que.—220.
 La cuna vacía, por D. José Selgas.—229.
 A mi hija Matilde, por D.^a Emilia Mijares.—231.
 La mujer, por D. Pedro María Barrera.—236.
 A una niña, por D. Antonio F. Grilo.—238.
 El arrepentido, por D. Antonio Arnao.—244.
 Nubes de verano, por D. Antonio de S. Martin.—252.
 A una barquilla, por D. Enrique Principe.—254.
 La amistad, por D.^a Antonia Diaz de Lamarque.—260.
 Amor eterno, por D. Antonio Corzo y Barrera.—262.

ÍNDICE.

La flor de mi cariño, por D. Antonio F. Grilo.—270.
 El ciprés y la sensitiva, por D.^a Cármen Espejo.—273.
 Un secreto, por D.^a J. F. Calvo y Teruel.—278.
 A una niña recién nacida, por D. Antonio F. Grilo.—284.
 Un buen amigo, por D.^a Antonia Diaz de Lamarque.—292.
 Cántigas de amor, por D. J. F. Calvo y Teruel.—300.
 La caridad, por D. Juan Olmedilla.—302.
 A un amigo en el día de sus bodas, por D. Rafael Serrano Alcázar.—308.
 La flor del olvido, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—315.
 En el sepulcro, por D. Mariano Catalina.—324.
 A Dios, por D.^a Josefa Crespo.—332.
 A D.^a Esperanza Andriani, por D.^a Clotilde Aurora Príncipe.—340.
 Una rosa marchita, por D. Manuel Gutierrez de la Vega.—350.
 Al Otoño, por D.^a Elvira Soler Creppi.—356.
 La virtud modesta, por D.^a Antonia Diaz de Lamarque.—364.
 Juan de Vitabona, por D. Francisco de B. y Pavon.—372.
 Cantares, por D. Eduardo Bustillo.—380.

NOVELAS.

La ciencia del corazon, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—Pág. 3, 13, 23, 29, 36, 44, 52, 60, 68, 78, 85, 95, 101, 109, 117.
 La hermosura del alma, por D.^a Micaela de Silva.—133, 141, 150, 156, 163, 172, 184, 190, 196, 205, 213, 221, 229, 237.
 La educacion de un padre, por D.^a Camila Avilés.—245, 252.
 El moral de la victoria, por D. Rafael de Vida.—260.
 La décima musa, por D.^a Micaela de Silva.—267, 273, 264, 292, 300, 309.
 Casarse por carambola, por idem.—315, 328, 333, 341, 350, 357, 366, 372.

VARIEDADES.

Tradiciones cordovesas, por D. Hiliodoro del Busto.—Pág. 21.
 El espejo, por D. Antonio F. Grilo.—28.
 Las niñas de Cádiz, por D. F. P. Madrazo.—59.
 El festin de Baltasar, por D.^a Micaela de Silva.—62.

El silencio, por D. Antonio F. Grilo.—63.
 Leyenda de la seda, por Fernan Caballero.—83.
 La caridad y la inocencia, por M. B.—84.
 No me olvides, por D. F. Calvo y Teruel.—92.
 La campana, por D. Antonio F. Grilo.—111.
 Los apellidos españoles, por D. Antonio de Trueba.—147, 154.
 El llanto, por C. T.—174.
 Las veladas, por D. Antonio F. Grilo.—189.
 Exposicion de labores del Colegio de Loreto, por D.^a Carolina Sorel.—192.
 El cielo y el mar, por D. Antonio F. Grilo.—212.
 Abnegacion heróica, por A.—215.
 Recoletos y el Prado, por D. Antonio F. Grilo.—223.
 María, por idem.—228.
 Apuntes acerca de un gran poeta, por A.—239.
 José Haydn, por J. S. B.—278.
 Lo que la creacion dice al hombre.—286.
 Vaya un petardo, por D.^a Camila Avilés.—318.
 Los pájaros, por D. José Gutierrez de Tejada.—347.
 La mirada, por D. Antonio F. Grilo.—365.

BIBLIOGRAFÍAS.

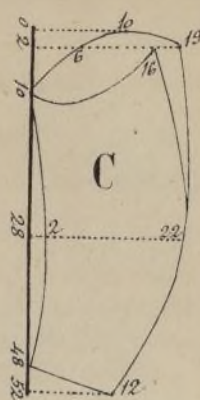
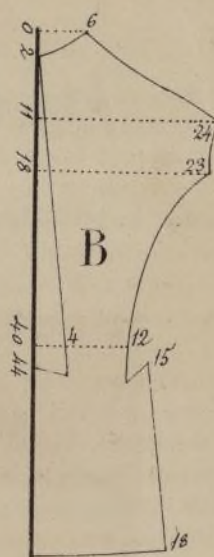
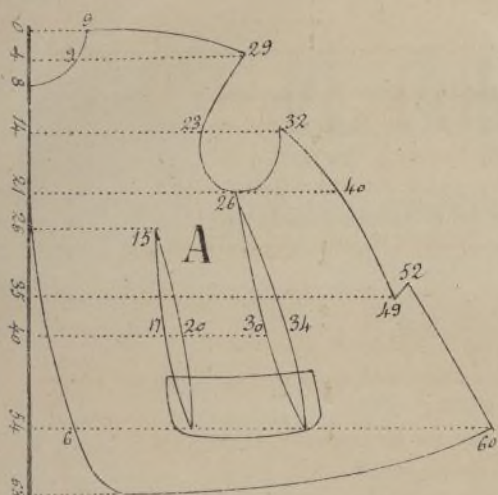
Baladas españolas, de D. V. Barrantes.—Pág. 46.
 El caudillo de los ciento, de D. Antonio Arnao, por D. Pedro de Vera.—54.
 Cantares, por D. Melchor de Palau.—79.
 El caudillo de los ciento, de D. Antonio Arnao, por D. Luis de Eguilaz.—115, 125.
 Las riquezas del alma, de D.^a Angela Grassi.—294.
 El Romancero de Numancia, de D. A. Rioja.—302.
 Los 300,000 Duros, de D. Julio Nombela.—375.

TEATROS.

Por D. Diego de Rivera.—Pág. 15, 31, 38, 55, 70, 87, 103, 119, 127, 143, 159, 183, 247, 255, 262, 271, 279, 287, 295, 303, 311, 335, 343, 358, 367, 381.

LABORES.

Por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—Págs. 8, 24, 40, 56, 72, 87, 104, 135, 152, 168, 184, 200, 232, 263, 296, 320, 327, 344, 352, 359.



Abril de 1866.

Aut. de J. Aragon.

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 30.

MADRID.

Ayuntamiento de Madrid



EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*La verdadera Gradeza*, por D.^a Angela Grassi.—*Villania*, (poesia), por D. Juan A. Viedma.—*La ciencia del corazon* (continuacion), por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Bibliografía*.—*Modas*.—*LÁMINAS*: *Figurin de trajes*, núm. 805.—*Figurin doble de peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patrones*.

REVISTA DE MODAS.

DASÓ el Carnaval con su proverbial animacion, su caprichosa locura, dejando para unos decepcion y hastio, y dulces recuerdos ó risueñas esperanzas para otros, que acaso se verán desvanecidos antes del Carnaval siguiente. La sociedad de buen tono que ha querido tambien tomar parte en las ingeniosas bromas que autoriza la careta, se ha dado la primera cita en el gran salon del Conservatorio, y cuéntase que alguna mas en el Teatro Real, donde en medio de la confusion no era difícil señalar las personas distinguidas, que pueden disfrazarse, pero nunca esconderse ni confundirse.

Tambien algunos salones de nuestra aristocracia han abierto sus puertas, con harta satisfaccion de cuantos á ellos concurren, y se anuncia la repetition de varios de estos bailes, para los que nos consta hacen grandes preparativos nuestras elegantes. Acudiendo en su auxilio, les recomendaremos un traje de baile y otro de gran soirée (*Figurin, número 805*), que por su mucha novedad llamarán de seguro su atencion.

Es el primero un vestido de glasé blanco, con bullonado vertical de tul blanco en el bajo, y cintas verdes entre los bullones: otro biés ancho de seda verde baja del costado izquierdo á marcar una sobrefalda ó casaca con encaje al pié, y otro biés verde mas pequeño encima, adornando todas las costuras de la figurada sobrefalda una hilera de botones de seda verde. El cuerpo, de escote y talle redondo,

lleva cinturon verde con hebilla y berta bullonada, con cintas verdes entre los bullones verticales. El peinado con dobles bandós y castaña alta, va realzado con una media corona de cinta verde con sartas de perlas y pluma marabout á la izquierda, sujeta con broche de perlas tambien.

El segundo traje, de grós de París blanco, lleva nesgas bullonadas de raso blanco á los costados, y delantal igual, sobre el que se abre desde el talle la falda: grandes solapas de raso color de pensamiento figuran volver de éstas aberturas, guarnecidas de un grueso cordon de oro, uniéndose unas á otras por las puntas con presillas del mismo cordon y borlas de oro y continuándose éste en pabellones por detrás alrededor de la falda: el cuerpo escotado y de talle redondo, va cruzado por delante con dos órdenes de botones de oro, y la berta la forman dos vueltas de raso pensamiento con cordon de oro, que forma lazadas con borlas sobre el bullon de la manga, larga y justa. Cinturon del color de los adornos, y diademas de oro en el peinado completan este aristocrático vestido.

Como traje de novedad para *niña* citaremos uno compuesto de vestido de merino blanco con manga justa, y sobrefalda y paletot sin mangas, de terciopelo grana, guarnecido el último de piel de cisne; acompañando al traje un gorrito polonés del mismo terciopelo guarnecido de cisne.

Ahora, entrando en el carácter general de la *Moda*, diremos que el estilo Luis XV combinado con el gusto del primer Imperio, forma decididamente

el carácter de nuestros días en materia de Modas.

Las faldas se cortan cada vez mas en nesga, llegando algunas á contar solo dos grandes tablas muy profundas por detrás en el talle, y ejecutándose muchas para sociedad abiertas por delante, lo que muestra claramente la union de las dos épocas de que antes nos ocupamos.—Falda nesgada: Imperio de principios de este siglo.—Delantal: moda característica de las damas de la corte de Luis XV. No obstante, fuerza es confesar que la combinacion resulta de muy buen gusto, y que nada perderá nuestra época por utilizar el legado de las anteriores.

Ejecútanse este género de trajes abiertos por delante en telas fuertes de moiré, ó brochadas, y en terciopelos lisos ó epinglés de color claro, llevando como único adorno un biés á los lados del delantal, que se continúa al canto de la falda. Otros en grosgrain ó grós Imperial, llevan el delantal de finísimo encaje sobre viso de otro color, y el canto de la falda adornado por dos volantes encañonados, ó por dos bullones de tul ó raso. Como traje de excesiva novedad, se ha presentado uno en París en una de las últimas recepciones oficiales de moiré punzó, cubierto de una túnica de encaje, levantada á la izquierda con lazo punzó, sujeto con *broche* de brillantes, el cual se repetía sobre la manga corta y centro de la berta.

Para trajes de baile, por el contrario, la gasa, tul y tarlatana, todo lo ligero y diáfano, como estableciendo el contraste con los de sociedad y calle, son los que dominan sin rival, cortándose tambien en pronunciada nesga, y adornándose con bullones en el bajo, y muchos con sobrefalda levantada por joyas y flores.

¡A los productos de la naturaleza el primer puesto de honor! Tal es la opinion siempre de las muje-

res de buen gusto, que prefieren los adornos de flores á los de joyas, y hacen resaltar el peinado sobre los adornos, sin permitir que éste descienda á ser un accesorio en la cabeza: tanta es á veces la profusion de adornos. Las floristas de buen gusto deben solo emplear la joyería entre las flores como un remate, como un toque de efecto; por ejemplo, un insecto que despida luz entre un grupo de musgo, ó cadenitas que unan los diferentes grupos de flores entre sí; y respecto del peinado, éste debe ser ante todo el atendido, utilizando las flores y las joyas como leve complemento: así lo van comprendiendo nuestras elegantes, que prescinden de los recargados adornos que ocultaban la hermosura de su cabello, y así lo van estendiendo algunos peluqueros del vecino Imperio.

En los trajes de calle continúan las telas fuertes, adornados la mayor parte de ricas pasamanerías, que si á veces aparecen recargados, tienen siempre el sello característico de los trajes de invierno, dándoles la riqueza y severidad convenientes. Las pasamanerías y guipures perlados, ó sean con cuentas negras ó blancas, son los adornos que obtienen general favor, así como los botones de camafeos que sostienen hasta ahora su prestigio.

No obstante, el invierno templado que hemos venido disfrutando, ha permitido los trajes de seda sencilla con su paletot igual, traje que han adoptado muchas de nuestras jóvenes distinguidas para pasear en la Castellana, y que armonizaba perfectamente con sus pocos años. Quizá al ver los días tan hermosos se olvidaban del mes que corría, y desconocían el invierno al aspirar los primeros perfumes de las violetas, deliciosas mensageras de la primavera.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

LA VERDADERA GRANDEZA.

El perdón de las injurias es sin duda ninguna una virtud; pero el pagar con bien el mal que nos han hecho, es un acto heroico, superior á todo encarecimiento. Un agravio, es la verdadera piedra de toque del alma, y nada prueba mejor sus nobilísimos quilates que la generosidad con que acude á socorrer á su enemigo, si por acaso se halla en la amargura.

Por esto el que vino á iluminar con una luz tan suave el imperio moral del universo, no cesaba de repetir á sus discípulos:

« Si os ha ofendido vuestro hermano, perdonadle no solo siete veces, sino setenta siete veces.»

« Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, rogad por los que os persiguen y calumnian, á fin de ser dignos hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol para los buenos y para los malos, y caer la lluvia para los justos y los injustos.

El Santo Cordero inmaculado, no solo se limitó á dar estos piadosos consejos, sino que los selló con su divino ejemplo, y una de las últimas palabras que pronunció en el Gólgota, fué de perdón para sus verdugos.

Algunas bellísimas almas, sin embargo, presintieron y

adivinaron el suave dogma que debía venir á regenerar la tierra, y la antigüedad nos ofrece mas de un ejemplo de esta virtud magnánima y sublime.

Una de estas almas privilegiadas, fué la de Demóstenes, que despues de haber vencido á su rebelde naturaleza, que parecia oponerse tenazmente á que brillase como orador, supo alcanzar otro y mas completo triunfo sobre sus pasiones.

Hallábase en todo el apogeo de su gloria, cuando un ciudadano de Atenas, llamado Cesifon, propuso que se le otorgase una corona en premio de los servicios que habia prestado á la Grecia. Oyó la proposicion Eschino, otro orador, mas célebre por la envidia que alimentaba contra Demóstenes que por su propio mérito, y ciego de cólera, no solo la combatió rudamente, sino que se propuso no perdonar ningun medio para que quedase sin efecto. Y así lo hizo: viles manejos, bajas y sórdidas intrigas, negras calumnias, todo lo puso en juego para desacreditar á su enemigo.

Pero los Atenienses le adoraban, y Eschino tuvo por fin que arrojar la máscara, y oponerse abiertamente al triunfo de su rival, á cuyo fin no solo deprimió sus brillantes hechos en favor de la patria, sino que hasta se atrevió á acusarle de traicion y cobardía.

Inspirado por sus celos, habló con tanta elocuencia, que casi hizo nacer la duda en el ánimo de los circunstantes; pero Demóstenes, tomando su propia defensa, se levantó á contestarle, y así como los rayos del sol ofuscan el brillo de las estrellas, así su palabra fácil y elegante destruyó todo el efecto de las venenosas palabras anteriores.

El discurso que hizo con este motivo fué su famoso discurso *Pro-corona*, no menos conciso, no menos enérgico y subline que sus *Filípicas* y *Olinhienas*.

En su consecuencia, Eschino, convencido de calumnia, fué condenado al ostracismo.

Partió el triste de Atenas, solo, con escaso dinero, cubierto el rostro de vergüenza, lleno de ira el corazon. ¡Sus amigos le habian abandonado, el pueblo al pasar le escarnecía!

Llegó á Rodas; llegó á la bellísima isla en donde Flora ha establecido su Imperio, en donde los plácidos y amantes cefirillos juegan constantemente con las hojas de los naranjos y los limoneros, con las blancas flores del almendro ó los dorados frutos de la higuera. Pero para saborear los encantos de la naturaleza se necesita un espíritu tranquilo: el alma del hombre es un espejo, que si está limpio, refleja toda clase de imágenes graciosas, si está empañado, lóbreguez y confusas sombras.

Eschino huía de los valles perfumados, de las alegres laderas, cubiertas de aquellas vides que producian los aromáticos licores tan estimados de los antiguos, y se internaba en los bosques de encinas y de abetos, en donde podia sin ser visto de nadie entregarse á los arrebatos de su impotente furia. ¡Oh, cuántos planes forjaba entonces para vengarse de su rival, planes concebidos y desechados en el mismo instante!

Pero entretanto pasaban los dias, pasaban aunque fuesen lentos, amargos y dolorosos, y érale preciso abandonar aquella isla hospitalaria. Érale preciso ir á refugiarse en al-

gun rincón de tierra salvaje, en donde el aura de la Grecia no refrescase su frente, en donde los ecos no lleváran á su oído las palabras sonoras y cadenciosas con que sus padres le habian mecido en la cuna!

¡Oh, dolor inmenso del destierro! ¡Sólo tú puedes revelar al hombre, por qué aquí gime y suspira sin reposo! ¡Ay, gime y suspira sin reposo, porque está desterrado de su patria, que es el cielo!

Una mañana, el errante peregrino, al trasponer una eminencia, divisó el famoso Coloso, hecho por Chares, discípulo de Lisipo, que servía de adorno al puerto de la Isla.

El Coloso, que era todo de cobre, gravitaba sobre dos rocas, situadas á bastante distancia la una de la otra, y tenia entre sus manos un faro para servir de guía á los navegantes.

Por debajo de sus piernas pasaban ó se mecían sobre las azules ondas, las naves empavesadas de todas las naciones de la tierra, que iban á rendir homenaje á la Isla encantadora.

Eschino, insensible á los atractivos de la naturaleza, lo fué tambien á los del arte, y sin fijar apenas su vista en el Coloso, se sentó en la playa, y se cubrió la cabeza con el manto.

Pasaron unas tras otras las horas, y llegó la noche. Aunque era de noche, soplaban tan mansamente el aire, que una de las naves resolvió darse á la vela.

Eschino quiso embarcarse en ella, pero fué rechazado, porque no tenia dinero con que pagar su pasaje. Entonces el infeliz exclamó con voz doliente mesándose el cabello:

—¡Ay, desdichada suerte la mia! ¡Mal haya, mal haya aquél que me ha hundido en el piélago de tantas amarguras!

Habíase cubierto el rostro con las manos al lamentarse de este modo, y no habia visto que una nave tocaba al puerto; no habia visto á un hombre que descendía de la nave, y solo volvió en sí de su estupor al sentir que aquel hombre le estrechaba amorosamente entre sus brazos.

—¡No te aflijas Eschino, le decia, con dulce y trémulo acento, no te aflijas, aquí estoy! Gracias á los Dioses inmortales he llegado á tiempo!

Eschino le miró asombrado: el que le hablaba era su rival, era Demóstenes, era aquel sobre cuya frente acababa de pedir la maldicion divina!

Demóstenes prosiguió, fingiendo no observar su turbacion, y entregándole una cajita de ébano.

—He corrido en tu seguimiento: te traigo cuanto oro poseo: cuánto he podido reunir, fruto de mis vigiliass! Parte y sé feliz, Eschino, que yo te juro por los Dioses trabajar sin descanso hasta que las puras auras de Atenas puedan volver á orear tu frente! Olvida lo pasado: ámame como yo te amo: parte, y sé dichoso!

Calló Demóstenes, y Eschino se arrojó en sus brazos, transportado de entusiasmo.

¡Oh, quien los hubiera visto á ambos estrechamente abrazados, derramando las lágrimas de la caridad el uno, de la gratitud el otro, ¿hubiera acaso podido dudar de que el hombre es hijo de Dios, y participa de su misma esencia?

Eschino se arrojó en la nave, que ya se balanceaba al impulso de los ágiles remeros, y de pié sobre la popa, dijo

á su rival, que permanecía en la playa, estas palabras que nos ha conservado la historia.

—¡Ah, cómo no he de echar de menos una patria en donde dejo enemigos tan generosos, que es imposible que halle en otro país amigos que los igualen!

Ahora bien: ¿no es acaso este magnánimo rasgo de Demóstenes, superior á todos los discursos que han inmortalizado su nombre?

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

VILLANÍA.

Del libro inédito CUENTOS DE LA VILLA.

Amor sin amor, amor
Quien te sirve se avergüence,
Y sepa el no sabidor
Que el que mas huye te vence.

TIMONEDA.—Flor de Romances.

I.

—Vuélvete á Villa-franca
La campesina,
Porque no es cual la tuya
Franca esta villa;
Y están en ella
Perdidas las villanas
Que se franquean.

—No sé, dijo riendo
La labradora,
Lo que pasa en la villa
De la corona;
Mas no me inquieta,
Porque soy en amores
De Villa-seca.

—Ay, de Villa-robledo
Se ven villanas
Que en la corte se tornan
De Villacañas,
Y así bien puedes
Trocar tú el Villa-seca
Por Villa-verde.

—Villa-real, mi patria,
Será en la villa,
Mientras de Villa-nueva
Tenga la vista;
—Pero ¡ay! si llegas
Llorando desengaños
A Villa-vieja.

II.

Mancebito de capa
Verde con puntas,
Encaje en la valona,
Castor con pluma,
Miente en el parque
Amor á una villana
Con dulces frases.

Mas ella que le escucha
Tranquilo el pecho,
Le dice—no dé al aire
Los juramentos,
Porque en mi tierra
Lo que al aire le damos
Él se lo lleva.

Vaya y busque en las damas
De guarda-infante
Una que en sus amores
Le siga el aire,
Que en Villa-franca
Se enamora con hechos
No con palabras.

Y se alejó riendo
La campesina,
Porque no es cual la suya
Franca esta villa;
Y están en ella
Perdidas las villanas
Que se franquean.

JUAN A. DE VIEDMA.

LA CIENCIA DEL CORAZON.

Continuacion.

Un apretón afectuoso de manos selló aquel pacto, y el doctor Fontenay continuó:

—Solo una cosa me resta que deciros.

—Hablad.

—Que me concedereis asistir á todas vuestras visitas.

—Consiento.

—Aun hay mas.

—¿Qué mas exigis?

—Vos sabeis tambien como yo, que hay familias escrupulosas, que ocultan la enagenacion mental de uno de sus miembros, como si se tratara de un crimen: prometedme, pues, que nunca preguntareis á la enferma del núm. 16 nada respecto á su familia.

El doctor Miranda vaciló antes de contestar, y esto se explicaba fácilmente. Al aceptar tal compromiso, se privaba de intentar toda aclaracion respecto al enigma que le preocupaba.

—Acepto, dijo por fin; ¿cuándo comienza mi asistencia?

—Mañana, si os place.

—Corriente, mañana.



MADRID.

Calle de las HUERTAS, núm. 57.

Núm. 4.

Ayuntamiento de Madrid

Admitida por el doctor Miranda la última condicion, nada mas habia que tratar. Cada uno salió por su lado, dejándome á mí en completa libertad para dejar la sala. Era evidente que ante mí acababan de representar una comedia. ¿Cómo el doctor Fontenay, enterado de la pasion del doctor Miranda, despues de haberle cerrado la puerta del número 16, se la abria de par en par? Ciertamente es que se habia reservado el derecho de acompañarle, ¿y para qué? para servir de garantía contra un peligro que él acababa de provocar? La concesion del doctor al declinar sus facultades, consistia en reconocer su insuficiencia? Inverosímil es que un médico publique su derrota; y si esta no era la causa, ¿cuál le habia obligado á variar en un momento su línea de conducta? En vano me lo quise explicar, y mi razon se perdía entre conjeturas inútiles.

Al dia siguiente el doctor Miranda se encargó de la jóven enferma, y yo volví á entrar en el ejercicio de mis funciones.

Como la visita de ambos médicos convenia con la hora en que yo debia entrar el desayuno, estuve presente á la primera entrevista. Dispuesto iba yo á observar el efecto que haria esta entrevista en ambos jóvenes, si en efecto se habian visto en el baile del Cónsul; era preciso que su emocion reflejase en sus rostros.

Por fin entramos en el cuarto núm. 16. ¡Qué confusion! ¡Qué desórden! ¡Qué caos! Nada entero, nada en su sitio, nada con forma quedaba en el cuarto, y sin embargo no era este el cuadro mas extraño que nos esperaba; aun nos quedaban otros del mismo género, reservados para mas adelante.

La jóven al apercibirnos, corrió á esconderse en un ángulo de la estancia como dominada por un terror pánico, semejante á la mujer que se ve sorprendida en completa desnudez. No obstante estaba vestida, pero quién sabe la idea que cruzó por su mente. Mi vista, aunque perspicaz, no la leyó en su rostro.

Cuando por indicacion de Mr. Fontenay, y aun mas por la del doctor Miranda, consintió en acercarse á nosotros, nos mostró esa triple expresion tan comun en todos los locos, por la cual parece que rien, lloran y amenazan á la vez.

Poco á poco fué recobrando la serenidad, y en una mesa que fui á buscar á un aposento cercano, porque la de su cuarto no existia, serví el desayuno.

—Poco juicio hemos tenido esta noche, dijo sonriendo el doctor Fontenay.

—Esta noche, repuso la jóven recorriendo el cuarto con vista estraviada. ¡Esta noche! Esta noche!!

Y la pupila de sus negros ojos se dilató, y sus lábios se estremecieron, y todo su sistema nervioso se puso en movimiento. Sin duda á través de mil ideas confusas, buscaba un recuerdo, y el resultado de esta lucha violenta eran los destrozos que habia en el cuarto.

La voluntad fué sin embargo mas fuerte que el obstáculo; un rayo de luz penetró en las tinieblas de su mente, y en el rostro de ambos se retrató la impresion que yo me habia prometido descubrir. Los dos se miraron y sintieron una doble conmocion, semejante á la que sentirian dos individuos separados por un puente, cuyo arco se hun-

diera, abriendo un abismo entre los dos. Aquel abismo era de los mas profundos, porque las catástrofes morales no tienen fondo ni medida.

Qué les decian mutuamente sus almas, la de él, jóven meridional, ardiente; la de ella, mas jóven aun, pero trastornada su razon? No se preguntarian los dos si lo que veian era sueño ó realidad? No dudaria él si la mujer que tenia delante era la que habia visto en el bullicio de una fiesta, y ella si el hombre que la contemplaba era el que habia visto en un momento de razon en sitio tan distinto al de su humilde celda?

Fuése cual quisiera la causa, sus ojos permanecieron fijos los de uno en los de otro, aspirando emanaciones divinas, aroma puro, infinito, del primer amor que constituye el mayor goce de la edad de oro: que ocasiona impresiones violentas que suelen trastornar la razon al que la tiene, ó devolvérsela al que por cualquier causa la ha perdido.

El éxtasis fué largo, y ante él me sentí inclinado á participar del error ó de la conviccion del doctor Miranda, que decia haber visto la noche anterior en el baile á la jóven del núm. 16. ¿Cómo? esto es lo que no podía explicarme.

VII.

Aunque el doctor Miranda no hubiera empeñado á su cofrade palabra de honor de no preguntar á la jóven nada respecto á su familia, no hubiera adelantado un paso mas. La jóven parecia encerrada en una profunda reserva, y aunque él hubiera provocado la conversacion, de seguro ella no habria dado la menor luz respecto al baile de la noche anterior. Lo habia olvidado todo, ó era su silencio otra manía de su locura?

—A almorzar, dijo el doctor Fontenay, que no parecia cuidarse de la emocion de los jóvenes, y quiso dar otro giro á sus ideas.

No fué tan fácil poner en práctica su orden, por la razon sencilla de que no habia ni mesa, ni sillas dónde sentarse. Trasladé de otra habitacion todo lo necesario, serví el almuerzo, y almorzaron los tres reunidos.

Al comenzar el almuerzo el doctor Miranda para entablar sin duda conversacion, exclamó:

—Vuestro mobiliario me parece, señorita, un poco... ¿Cómo diré yo? un poco usado.

Al decir esto, la jóven fijó en él una mirada tan extraña, que á duras penas contuvimos el doctor Fontenay y yo una carcajada.

El mobiliario no estaba usado, estaba aniquilado, pulverizado; convertido sin duda á sus ojos en maravillosos encajes. El doctor Miranda, sin cuidarse del asombro de la jóven, prosiguió con dulzura:

—Puesto que vuestro mueblaje está tan deslucido, fuerza será renovarle. ¿Cómo quereis los cortinajes que han de reemplazar á esos? De seda ó de lana?

Otra mal contenida carcajada del doctor y mia. En la ventana no habia el menor vestigio de colgadura.

—Las querría de seda color de rosa, dijo la jóven demente.

—Magnífico, esa eleccion hace honor á vuestro gusto,

señorita; pero el cortinaje de seda necesita otro interior de encaje: ¿no os parecería bien que le añadiésemos?

—Sí, sí, el rosa y el encaje harán un efecto delicioso.

—Delicioso, repitió el doctor Miranda, y continuó: Como estamos en Primavera, no me parece indispensable la alfombra.

—Cierto.... puede suprimirse....

—Queda suprimida la alfombra; pero para acompañar á vuestro lindo cortinaje aceptaréis seis sillas y una marquesita de damasco rosa.

—¡Oh! ¡eso será divino, divino! exclamaba la pobre niña, encantada de lo que oía.

El doctor y yo nos mirábamos con estrañeza, sin poder comprender qué se proponía el doctor Miranda al ofrecer á aquella furia de destruccion tan ricos objetos.

—Tal sillería, continuó, exige en las paredes papel blanco y oro; imitará al mármol, y será en extremo distinguido.

—¡Oh! sí, caballero, muy distinguido, y yo he visto una estancia igual, dónde? dónde?

—En casa del Gran Turco, interrumpió con mal humor el doctor Fontenay, que en aquel momento pareció arrepentirse de haber declinado sus poderes en su jóven compañero.

Qué era lo que éste se proponía? ¿Dónde iba á parar con su broma? ¿Cuándo principiaba su famoso tratamiento destinado á producir milagros?

El doctor Miranda sin fijarse en la interrupcion de su cofrade, prosiguió tranquilamente:

—De modo, señorita, que tenemos en lista, cortinas, contra-cortinas, sillas, marquesita y papel para las paredes. ¿Qué mas nos falta? Ah! necesitamos un secreter.

—Oh! sí, sí, eso es; dijo la jóven dando palmadas de alegría.

—Corriente, queda anotado un secreter de palo santo.

—Pero vos me encantáis, y no acierto....

—Además un lecho de la misma madera y el mismo estilo. ¿Qué os parece?

—Que rodeada de esos objetos seria mas dichosa que una reina.

Y de repente su espresion cambió, su semblante se turbó, y dando un grito desgarrador, ocultó el rostro entre las manos.

—Para llevarla á este extremo, exclamó secamente el doctor Fontenay, podiais no haber aumentado con risueñas imágenes su exaltacion; no comprendo qué os proponéis!

—Perdonad, replicó á media voz el doctor Miranda. Todo esto es cosa mia: hemos concertado un trato y le haré respetar en todas sus partes.

El acento enérgico del doctor Miranda dió valor á estas palabras, á las que el doctor Fontenay no encontró qué replicar.

—Recapitulemos, replicó el jóven doctor. ¿Creeis, señorita, que nada olvidamos?

Después de un instante de silencio, la jóven murmuró con timidez:

—Oh! Sí, sí, olvidamos una cosa.

—Qué, qué? exclamó Miranda, en cuya mirada brilló un rayo de alegría. ¿Qué deseais? hablad.

La loca bajó su cabeza, fijó en el suelo su vista, ruboroso carmin animó su rostro, y visible embarazo detuvo su palabra.

Miranda que la contemplaba con ansiedad, añadió:

—Pero no nos direis qué os falta para completar el mueblaje de vuestro cuarto?

Por fin después de dos ó tres tentativas para que hablara, la jóven murmuró:

—Pues bien, deseo con toda mi alma un piano.

—Y por qué ocultarlo? Hay nada mas natural en una jóven que posee hasta la perfeccion el arte de la música, que el deseo de tener un piano?

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

BIBLIOGRAFÍA.

BALADAS ESPAÑOLAS DE D. VICENTE BARRANTES.

Al recomendar á nuestras lectoras este lindo tomo de poesías, no queremos hacerlo por cuenta propia; nuestros elogios parecerian interesados por la sincera amistad que profesamos al autor. Por eso preferimos copiar parte del artículo crítico que á la primera edicion dedicó el competente y malogrado escritor D. Agustin Bornat. Dice así:

«El poeta, ha dicho Victor Hugo, no debe nunca escribir como los demás han escrito; debe estudiar, y después trasladar al papel lo que su alma y su corazon han sentido. Nosotros, completamente de acuerdo con esta máxima, no podemos menos de elogiar cumplidamente el libro de que vamos á ocuparnos. Era muy difícil para cualquier poeta, como lo es siempre para todo escritor, introducir un género nuevo en una literatura. Barrantes ha salido victorioso en su empresa; ha enriquecido la nuestra, vasta y rica, con las *Baladas*, tan conocidas y populares en el extranjero, como desconocidas en el nuestro. Estraño nos parecia que un género de poesía tan nuevo como popular, tan dramático y tan lirico al mismo tiempo, no hubiera sido trasplantado á nuestro suelo; por fin, hoy le vemos introducido bajo favorables auspicios; le vemos en nuestra literatura para formar parte de ella.

Ahora, si se nos preguntase á qué género de *Baladas* pertenecen las de Barrantes, diriamos que á todos; y es lo cierto. Victor Hugo en las suyas ha querido introducir en la moderna literatura las antiguas poesías de los trovadores de la edad media; ha dicho que sus *Baladas* se diferencian de todas sus demás poesías, como se diferencia el alma de la imaginacion; en las de Barrantes encontramos varias de ese mismo género, escritas con el alma más que con la cabeza, en que lo tierno predomina; en que lo dramático no es mas que accesorio. Otras hay, sin embargo, que cumplen perfectamente con los preceptos de la escuela alemana; pequeñas poesías en que la vibracion de la oda y la peripecia del drama se encuentran reasumidas en un cuadro sencillo y franco.

La *balada* es, á pesar de su género exótico, de fácil aclimatacion en cualquiera literatura, y por eso la poesía moderna en general participa mucho de ella; por eso muchas piezas que llevan otros títulos podrian tomar el de *baladas*, sin que los críticos mas severos tuvieran nada que decir del título, tales como la *Dolorida*, del conde de Vigny, uno de los poetas mas sentidos y correctos de Francia; la *Juana la Roja*, de Beranger; la *Reverie*, de Sainte Beuve, y otras y otras. A nosotros no nos choca verla introducida y adoptada por todos los poetas, porque vemos en ella la aspiracion de la época, el carácter de la sociedad: en otros tiempos no se concebiria; pero desarrolladas ya la poesía dramática del siglo XVII y la lírica de nuestros poetas á estilo de Italia, era preciso en los tiempos modernos la union de esos dos elementos para formar, digámoslo así, la novela de la lírica; no como las leyendas de España en tiempo del nuevo Romanticismo, en la época del *Trovador* y del *Macías*, ni como los recuerdos caballerescos de Zorrilla, sino un género nuevo que uniera á todos estos, que formara la poesía popular dramático-lírica, como las *Sombras de los viajes*, de Kerner; como las profundas concepciones de Krummacker. Cada época tiene su género, ó como dirian otros, cada género marca su época; ha pasado la inesperta de los poetas bucólicos de Italia; ha acabado la lírica ardiente y exaltada de la edad guerrera de los pueblos; ha muerto el Clasicismo regenerador de Andrés Chenier, de Bernard y de Millevoye, de Jovellanos, Cadalso y Melendez Valdés; ahora la literatura necesita correr suelta como el viento, embalsamar como las flores, suspirar como las brisas entre las ramas; en una palabra, ser el reflejo fiel de la naturaleza, única verdadera maestra que debe tener el poeta siempre presente, para escribir con arreglo al corazón y al alma.

Barrantes en este libro ha comprendido el objeto del nuevo género que iba á legar á su patria; ha estudiado profundamente el carácter peculiar de la poesía á que iba á dedicarse y ha triunfado en su empresa. Prolijo seria enumerar las buenas que contiene este precioso tomito; léanse *Esposa sin desposar*, llena de la frescura y sentimiento de las *Baladas* de Uhland, *El Ciprés del Buen Retiro*, que parece arrancado á una página de Krummacker, y *El alma en vela*, de deliciosa ternura, de poética forma y de correcto colorido.

Nosotros nos permitiremos trasladar á las columnas del CORREO la última de estas tres *Baladas*, no como la mejor, sino como una de las mas cortas, porque no consienten otra cosa los estrechos límites de nuestra publicacion.

EL ALMA EN VELA.

Cuando tiende la noche
su manto negro,
enmudecen las tumbas
del cementerio;
Porque los vivos
que despiertos olvidan,
¿qué harán dormidos?

Pero la tumba blanca
del tierno infante,
resuena cual capullo
que se entreabre;
porque ni en sueños
una madre se olvida
de su hijo muerto.

Entre sueños se abrazan,
y se sonrien,
y él, desde su sepulcro,
—«Calla»— la dice;

«No sueñes, madre,
»no sueñes mas conmigo,
»que soy un ángel.

»Cuando tu mente vela,
»madre querida,
»mi pobre alma no puede
»dormir tranquila;
»que cada lágrima,
»cada suspiro tuyo
»me llega al alma.

»Y en esta blanca tumba
»donde reposo,
»me conmueve y me pone
»lleno de gozo,
»como una gota
»de rocío conmeve
»la blanca rosa.»

Y su madre dormida
responde—«Calla,
»no me impidas que sueñe,
»prenda del alma,
»ni que te lllore,
»como llora el rocío
»sobre las flores.

»Como en mis tiernos brazos,
»madre amorosa,
»te arrullé en otro tiempo,
»te arrullo ahora.
»Hijos y madres,
»no hay sepulcro ni hay muerte
»que los separe.»

Este tomito, que se vende en las librerías á 40 rs. en Madrid y 12 en Provincias, pueden obtenerlo las suscriptoras al CORREO con la rebaja de dos rs., pidiéndolo directamente á esta Administración.

Explicacion del Figurin doble de peinados.

NÚMS. 1 y 3. *Peinado para baile*, compuesto de sortijillas sobre la frente, moña de lazadas y bucles sueltos entre ellas.

Peínase todo el cabello á lo chino, y se sujeta alto, colocando postizo sobre la frente un cerco de sortijillas: despues

con todo el pelo del tronco se hacen muchos ramales, con los que se va cubriendo en lazadas ó cocas con armadura ó sin ella toda la parte posterior de la cabeza, empezando desde las mismas sortijillas, y redondeándolo por los lados. Algunos bucles postizos entre las cocas bajan por detrás, y sirven de adorno á este peinado ramas de enredadera entrelazadas con él.

NUMS. 4 y 6. *Peinado para teatro*, de moña, de cocas, bandós rizados y bucles postizos.

Ábrese para ejecutar este peinado la raya en medio de la frente y otra transversal, ondulando los cabellos superiores de los rizos, y colocándolos en bandós, sobre los que vuelve la mitad inferior del mismo rizo: con los cabellos de atrás se hacen varias separaciones, con las que se forman cocas, que marcan una gran moña, poniendo al pié de ella un grupo de tirabuzones cortos, postizos, y encima una hilera de bucles, prendidos por los dos lados, que pueden ser postizos también. Una rama de volubilis se entrelaza con el peinado.

NUM. 8. *Peinado de gran soirée*, con bandós levantados, bucles cortos sobre la frente y moña de retorcidos.

Se peina todo el cabello á lo chino, menos el mechón de las sienes, recogiendo muy chato en la parte posterior: se fija el grupo de tirabuzones cortos sobre la frente, y se levanta el pelo de los lados, poniendo postiza la moña, de cuatro retorcidos, igual á la que muestra el núm. 7. Adorna este peinado una diadema de terciopelo verde con abejas de oro, y cadenas de oro también, que caen en dos órdenes por delante del cuello.

NUM. 10. *Peinado griego para baile*, con moña de tirabuzones y rizos á la frente.

Se ondula el pelo de adelante y se levanta todo él á lo chino, sujetándole alto y flojo, para que resulte hueco por todos los lados: después se colocan los bucles cortos sobre la frente, y la moña de tirabuzones bastante alta, poniendo dos diademas de terciopelo azul con joyas, una detrás de los rizos de adelante, y otra sobre el nacimiento de la moña.

Los modelos restantes son de moñas postizas, para peinados de menos pretensiones, de las formas siguientes:

NUM. 2. *Castaña* compuesta de cinco cocas perpendiculares mas estrechas de las puntas que del centro, terminada por trenza en la parte superior: deben ejecutarse sobre pelo crepé. Peina de oro esmaltada.

NUM. 5. *Castaña*, ejecutada como una trenza de tres ramales sobre abultada armadura, de la que solo se vé la primera falange. Peina de oro con bolas.

NUM. 7. *Castaña* de cuatro retorcidos, para lo cual se retuerce sobre un ruló de crepé un cabo de pelo, y dos de estos juntos alrededor de un tronco de crepé, sujetando cuatro de éstos sobre una armadura cuadrada: moña de oro con esmeraldas.

NUM. 9. *Castaña* de retorcido en el centro, ejecutada como las anteriores, y una coca del mismo largo á cada lado. Peina de camafeos.

NUM. 11. *Moña* de cinco cocas grandes entrelazadas,

peinada cada una sobre distinta armadura. Peina de oro esmaltada.

NUM. 12. *Moña*, de trenza, de tres ramales en el centro, hecha también con armadura, y una coca á cada lado. Peina con esmeraldas y rubíes.

NUM. 13. *Moña* de tres cocas verticales con tirabuzones entre las separaciones. Peina de oro calada.

NUM. 14. *Moña* circular, para lo cual se va peinando el pelo sobre un grueso cilindro de crepé ó tul, estendiéndole mas de la parte exterior que de la interior, y formando el círculo, que se cose sobre una armadura redonda de tul y alambre.

Esto mismo necesitan todas las demas, á no ser que se ejecuten en el cabello natural de la persona, en cuyo caso se prenden en la misma cabeza, pero sinó necesitan coserse todas á una armadura redonda ó cuadrada, según sea la forma de la moña.

Esplicacion del pliego de Dibujos.

NUMS. 1 y 2. *Gorra*, para recién nacido, bordada sobre piqué á punto Méjico y ruso con lana de color.

NUM. 3. *Cuello*, bordado con negro á punto Méjico.

NUM. 4. *Puño*, correspondiente.

NUM. 5. *Cenefa*, bordada al pasado.

NUM. 6. *Pañuelo*, bordado con negro á punto Méjico, terminado por jareton.

NUM. 7. *Cenefa*, bordada á la inglesa.

NUM. 8. *Entredos*, bordado al pasado.

NUM. 9. *Cenefa* para falda interior, bordada con trencilla ó terciopelo estrecho.

NUM. 10. *Pañuelo*, bordado al pasado, con lana de color, y terminado por jareton.

NUM. 11. *Gorra* de mañana, bordada al pasado.

NUM. 12. *Guarnicion* de la misma.

NUMS. 13 y 14. *Gallo y águila Imperial*, para puntas de corbata.

NUMS. 15 y 16. *Cifras* al pasado, para pañuelos.

NUMS. 17, 18, 19, 20. *Cifras* al minuto y pasado, para mantelerías.

NUMS. 21, 22 y 23. *Cifras á plumetis*, para pañuelos.

Los patrones que van á la espalda son de un *cuerpo escotado* para traje de baile, terminado el escote por un bulloncito de tul, y que no lleva manga por hacerse ésta de los bullones ó guarniciones que adornen el traje. Pertenece á este cuerpo los núms. 1, 2, 3, 4, y los restantes á una *camiseta* para niña, que puede hacerse en nanzouk ó cachemir, toda plegadita, con jareton por delante: cuello y puños bordados de trencilla.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.